



**P. EUGENIO
MAYORAL
CARREÑO,
SDB.**

(1929 - 1985)

**† PARROQUIA SAN FRANCISCO DE SALES
CATAÑO, P.R.**

2 de julio de 1986

**P. EUGENIO MAYORAL CARREÑO, SDB
(1929 - 1985)**

Pasó a la casa del Padre el 11 de julio de 1985, en la Casa Salesiana de la Parroquia de María Auxiliadora, Sto. Dgo. R.D.

Tenía 55 años de edad, 35 de Profesión Religiosa y 26 de Sacerdocio. Cuantos le conocimos guardamos un recuerdo imprecedero de su maravillosa vida.

En estas líneas —escritas en colaboración— queremos dejar constancia de nuestra gratitud al Señor y a María Auxiliadora por el gran regalo que hicieron a la Iglesia y a la Familia Salesiana en la persona de nuestro querido Eugenio.

I.— NIÑEZ Y ADOLESCENCIA (1929 — 1946)

Nació Eugenio en El Tiemblo, provincia de Avila (España) el 7 de septiembre de 1929. Fue el primer fruto del amor de Don Juan José y Dña. Consuelo, que procrearon después 4 hijos más: Esteban, Amparo, Asunción y José.

Su niñez se desarrolló en un ambiente profundamente cristiano, influenciado sobre todo por la piedad de la madre. Contaba ella que desde pequeñito empezaron a llamarle “Geniñ”

no sólo como diminutivo cariñoso de Eugenio, sino también para expresar el genio fuerte que tenía. Además de piadoso y muy responsable, tanto que, cuando los padres tenían que dejar a los hijos en la casa, se iban tranquilos si el “Genín” de los 10 años se quedaba cuidando a sus hermanitos.

La niñez de Eugenio fue muy movida. Por ser su padre Capitán del cuerpo de la Guardia Civil, era trasladado con frecuencia de un lugar a otro de la Geografía española (Avila-Oviedo Salamanca), y con él se movía toda la familia. Eugenio recordaba esta circunstancia de su vida como muy provechosa para su formación. Le dio oportunidad para apreciar la “autoridad” de su padre y el prestigio de que gozaba en su profesión, al ser enviado a ocupar puestos de importancia, sobre todo por los años difíciles de la España del 40. Sus grandes virtudes de hombre disciplinado y responsable pueden tener aquí sus raíces. El tener que adaptarse además a ambientes nuevos favoreció el espíritu de iniciativa y creatividad, cualidades que brillarán después en él durante toda su vida salesiana.

II.— SU JUVENTUD — TRAS LAS HUELLAS DE DON BOSCO (1946 - 1953)

ASPIRANTADO (1946-1949)

Poco a poco fue sintiendo la llamada especial del Señor, sobre todo desde que comenzó a frecuentar el Colegio de los Hermanos de La Salle en el año 1945. Pero cuando el Señor le tocó de veras el corazón fue al año siguiente, cuando ingresó en el Colegio Salesiano de Béjar (Salamanca). De aquel año recordará siempre con cariño a los grandes Salesianos del Colegio, sobre todo a Don Vicente Ríos, que le ayudaron a descubrir su vocación salesiana.

En septiembre de 1946 comenzó su Aspirantado en Santander, y lo concluyó después en dos años más en el nuevo Aspirantado de Arévalo (Avila). Estos 3 años fueron un período normal en la vida de Eugenio, de buen estudiante y buen compañero.

NOVICIADO (1949-1950)

El 5 de agosto de 1949 comenzaba su año de noviciado en Mohernando (Guadalajara). Es sorprendente la profundidad de vida espiritual que adquirió Eugenio en este año. Once años más tarde, en el 1960, escribía él mismo: "De mi noviciado guardo sólo recuerdos muy agradables. La imagen del Padre Maestro (Don José Arce) presidió esta etapa de mi vida, que, en mi inmadurez, para mí significó una plenitud".

Ponemos aquí los propósitos de su Primera Profesión (16 de agosto 1950):

1. *"Antes morir que pecar". "Señor, quítame la vida antes permitas que manche mi alma con algún pecado venial deliberado". Y añadía un año después: "Este propósito lo hice con toda mi alma. ¿Por qué no lo he de renovar en las grandes y pequeñas ocasiones de mi vida?".*
2. *"Ni pegar, ni apegarme". "Caridad pura y paciente, sistema preventivo".*
3. *"MARIA: mi obsesión, mi ideal, mi amor. . .! Ella me quiere entre sus predilectos. ¿Por qué, Virgen María? En los comienzos de mi vida no te conocí bien, no te amé... Ahora, en mi noviciado, en que me has hecho ver la necesidad de ser Santo. . . me has inspirado que te escoja como Madre, como Señora, como guía. . .; mejor dicho, Tú misma me has escogido a mí, y quieres ser toda para mí y que yo sea todo para ti. ¡Así sea, Madre Mía!".*

Reconforta leer en su "Libreta de Noviciado" (redactada en limpio después en su 1er. año de Filosofía) páginas bellísimas sobre lo que significó la figura de María en la transformación de su vida. Y si es cierto que luego, en los años de su intensa vida Sacerdotal, su espiritualidad se manifestará más directamente cristocéntrica, el amor a María vivirá siempre encendido en el rescoldo de su alma. Bastaría recordar el detalle de los últimos meses de su vida, cuando, enfermo de cáncer, hacía el recorrido de los 200 kms. desde Barahona a Santo Domingo, rezando con fervor una y otra vez el Santo Rosario. Cuando su gran amigo,

P. Robles, le criticaba el que viajara solo en aquellas circunstancias, el Eugenio de los 55 años contestaba con la sencillez y el fervor del novicio: "No, no vengo solo, viene conmigo la Virgen, que me enseña a realizar la voluntad de Dios". Esto explica también que el día de su muerte, en los bolsillos de su pantalón, se encontraran —como dos grandes tesoros de su vida— una moneda de 25 centavos (su amor a la Pobreza) y un Rosario de madera fabricado por él (expresión de su amor a María).

No fue nada extraño que, en aquel clima de intenso fervor de su noviciado, prendiera en el corazón de nuestro Eugenio la llama del espíritu misionero. Soñó con las misiones del Japón; pero otros eran los planes de Dios.

Ya en diciembre del mismo año de Noviciado había conseguido de su padre el permiso para partir a las misiones: "Yo, Don Juan José Mayoral, accediendo a las reiteradas peticiones que me hiciera mi hijo Eugenio, le otorgo mi consentimiento para ir al extranjero como misionero".

Al final del Noviciado era escogido para partir "como misionero" a la Inspectoría Salesiana de las Antillas, junto a sus 3 compañeros, Joaquín Jurado, Demetrio Coello y Antonio Robles.

Podemos decir que todos los novicios de aquel año éramos buenos, pero muy pocos vivimos una experiencia de Dios tan fuerte como la de Eugenio, quien por lo demás no era muy propenso a exaltaciones fáciles ni al sentimentalismo. Aquí se templó el espíritu del que debía resistir después los fuertes vientos de la tempestad.

ESTUDIOS DE FILOSOFIA (1950-1952)

Al terminar el noviciado el Año Santo de 1950, no fue enviado inmediatamente a las Antillas, como él esperaba y deseaba ardientemente, pues los superiores creyeron a última hora más conveniente que hiciera sus estudios de Filosofía en Madrid, en la Casa de San Fernando. Fueron dos años muy ricos de vida religiosa y Salesiana, con Superiores tan competentes como Don Emilio Hernández, Don José A. Rico y otros.

Eugenio puso todos sus talentos al servicio de la vida comunitaria del Filosofado. Siempre recordaremos sus dotes de pintor en carteleras y decoraciones, su arte para la declamación: cómo le aplaudíamos cuando recitaba con gran maestría “El Piyayo” o “La Feria de Jerez”, de José Ma. Pemán! Fue también un elemento muy importante para mantener vivo el espíritu misionero, sobre todo preparando la gran Exposición que se presentaba anualmente para el día del DOMUND.

Junto a los estudios de Filosofía, aprovechando las “vacaciones” de verano, se hacían también los Estudios para conseguir el Título de Maestro Nacional en la Escuela Oficial de Magisterio de Madrid. Para el exigente Profesor de Geografía, Eugenio fue el alumno más destacado por las obras de arte presentadas en su cuaderno de trabajo.

PRIMER AÑO DE TIROCINIO (1952-1953)

Al concluir los Estudios de Filosofía todavía se aplazó un año más la ida a su Inspectoría de destino, y fue enviado, para comenzar su Tirocinio de experiencia educativa, a la Casa de Deusto (Bilbao). Aquí Eugenio se entregó con todas sus energías a realizar su vida de joven Salesiano entre los muchachos.

Alternando con sus trabajos de Asistente y Maestro en el Colegio, se matriculó de nuevo en la Escuela de Magisterio de Bilbao para poder obtener su título de Maestro Nacional, lo que consiguió con mucho éxito.

Eugenio recordaba siempre que su primer año de vida práctica Salesiana había sido muy fuerte, pero muy bonito. Tal vez el exceso de trabajo aceleró el proceso de formación de una úlcera estomacal, que le hizo sufrir mucho; al ser operado, le extirparon una buena parte de estómago, quedando en una condición crónica delicada para la alimentación. Esto pudo ser tal vez el germen de la terrible enfermedad que le llevaría a la tumba.

III.— EL MISIONERO: RUMBO A LAS ANTILLAS (1953-1955)

Finalmente el ideal misionero se hizo realidad. Eugenio partió para Cuba en agosto de 1953, junto con sus tres compañeros de Noviciado. Fue destinado al Colegio de Artes y Oficios de la Ciudad de Camagüey. En un ambiente nada fácil, entre los estudiantes-artesanos de los cursos superiores, supo darse a querer y poco a poco logró ganarse la confianza de la mayoría. El P. Gabino Sánchez, que era entonces el Director del Colegio, recordaba hace poco con satisfacción la labor estupenda de Eugenio como Maestro y Asistente en el Colegio, llegando a decir que había sido “uno de los mejores clérigos” que había conocido en su larga vida de Salesiano.

Los dos primeros años de trabajo en Cuba llevaron a nuestro hermano a la plenitud de su consagración religiosa Salesiana; por eso se sintió feliz al hacer su Profesión Perpetua en la Casa de Noviciado de La Habana, ante el Inspector, Don Florencio Sánchez, el 16 de agosto de 1955. Días después partía hacia Turín (Italia) para hacer sus Estudios de Teología en el Pontificio Ateneo Salesiano (“La Crocetta”), junto a sus compañeros Demetrio Coello y Antonio Robles.

IV.— TURIN Y ROMA — SACERDOTE Y CATEQUISTA (1955-1963)

Eugenio pasó 5 años en Turín: uno de Propedéutica y cuatro de Teología, en La Crocetta. Los que convivimos a su lado sabemos que fueron años muy felices para él. Se sintió a sus anchas en aquel ambiente de “casa grande” de La Crocetta, tan internacional y tan familiar, con Superiores tan buenos como Don Brocardo, Don Quadrio, Don Bertetto. . . Allí se perfiló su figura de Sacerdote, en sus dos grandes facetas: amigo de Dios y amigo de los hombres.

Vivió con verdadera ilusión la última etapa de preparación al Sacerdocio, reapareciendo como guía la figura de la Virgen.

Decía en su primera petición a las Ordenes Sagradas: “Me pongo bajo la mirada de la Virgen, siendo Ella la que ha guiado mis pasos hasta aquí, en todas las etapas de mi vocación salesiana.”.

¡Con qué alegría y seguridad avanzaba hacia la meta de su Sacerdocio! Por dos ocasiones, en las cartas de Petición a su Director, repite esta frase: "Jamás he tenido la más mínima duda sobre mi vocación".

El juicio de sus Superiores durante estos años fue siempre muy positivo: "Bueno, emprendedor, exigente, observante. . .".

Creció como amigo de Dios y creció también como amigo de los hombres. Fue querido entre Superiores y compañeros por sus dotes humanas de amistad, de trato sencillo y agradable, por sus apreciados servicios a la Comunidad en el adorno de la Casa con ocasión de las fiestas principales (como había hecho siempre donde había trabajado hasta entonces). En las Navidades era esperado ya por todos el Nacimiento artístico que preparaba Eugenio en el 1er. descanso de la escalera que subía al 2do. piso; era en verdad una obra de arte!

Aprovechó muy bien, durante los paseos semanales, la oportunidad para familiarizarse con los lugares Santos de la vida de Don Bosco; igualmente en lo relacionado con la Sábana Santa, de la que después fue estudioso y apasionante defensor.

Por fin llegó el día de su Ordenación Sacerdotal, que recibió emocionado en la Basílica de María Auxiliadora, de manos del Card. Maurilio Fossati, el 11 de febrero de 1960, Fiesta de la Virgen de Lourdes, junto a sus 51 compañeros de curso, entre ellos el que escribe estas líneas.

Un detalle interesante de su vida en estos años fue su amor a la Inspección. Ayudó a fundar y colaboró con gran entusiasmo en el periódico "Ideales", que preparaban los estudiantes de las Antillas para mandar a todas las casas; entre todos los colaboradores (Jorge Du Breuil, Demetrio Coello, Antonio Robles, Jorge Martí, José Luis Ros), Mayoral tenía encargada la sección del arte. En las vacaciones de aquel verano fue a visitar a sus familiares de España, celebrando su Primera Misa en El Tiemblo, su pueblo natal; en la ocasión predicó Don Vicente Ríos, el Salesiano de su primera hora que le hizo conocer a Don Bosco.

En septiembre regresó a Roma, para seguir estudiando Pedagogía en nuestra Universidad Salesiana, que tenía su sede

en la casa del Sagrado Corazón. Estudió allí dos años, obteniendo el título de Licenciado en Pedagogía, con especialización en Catequética.

Los años de Roma fueron un gozo para Eugenio, porque además de prepararle bien para su trabajo pastoral en el campo de la Catequesis, le permitieron familiarizarse con el mundo tan fascinante para él de la arqueología. Al final de los dos años, se conocía palmo a palmo todos los rincones de La Roma Antigua. En una de las vacaciones de verano fue un guía experto de turistas en nuestras catacumbas de San Calixto. Otro de los veranos (en 1962) fue a Inglaterra, para tomar un curso de inglés intensivo.

V.— DE VUELTA A LA INSPECTORIA DE LAS ANTILLAS (Agosto de 1962)

ESTUDIANTADO FILOSOFICO (Aibonito, P.R. - 1962-1972)

Lleno de ilusiones sacerdotales y cargado de títulos (Bachillerato en Filosofía, Licenciado en Teología y en Pedagogía), regresó Eugenio a su Inspectoría. Fue designado a la Casa de Aibonito (P. Rico) para trabajar como personal del Estudiantado Filosófico, que hacía 3 años había sido trasladado allí desde Cuba, a consecuencia de los acontecimientos políticos de aquel país.

En la Casa de Aibonito permanecerá 9 años como Profesor (1962-66), como Profesor y Administrador (1966-1969) y como Director de La Comisión Diocesana de Catequesis (1969-1972).

El equipo de Salesianos que trabajamos por entonces en aquella Casa (Jesús Hernández, Rafael Giordano, Demetrio Coello, José Luis Gómez, Jorge Martí y Antonio Robles, además de Mons. Rivas. . .) recordamos siempre con cariño y gratitud a nuestro gran hermano por su testimonio de buen religioso, de amigo sincero, de animador de la vida de familia. Los jóvenes Salesianos que allí se formaron seguirán admirando, en

su P. Mayoral, al hermano mayor con quien pudieron compartir amigablemente, al docto y exigente Profesor en la clase de Pedagogía, al Maestro espiritual en las jugosas conferencias y homilías, al incomparable artesano (mecánico-ebanista-carpintero-factotum) que, con su habilidad extraordinaria, animada por el espíritu de pobreza salesiana, sabía transformar en instrumento útil cuanto objeto o equipo desechable caía en sus manos. En este aspecto pudo parecer en algunos momentos un tanto perfeccionista, siendo siempre fiel a su lema de trabajo: "Si se pueden hacer las cosas bien, ¿por qué hacerlas mal?". Hasta hace poco se podía decir que en cada rincón de la casa y de la finca de Aibonito había un recuerdo vivo de la presencia de Mayoral allí.

Los tres últimos años realizó una misión muy importante, a nivel diocesano. El año 1968, el Obispo de Caguas, Mons. Rafael Grovas, nombró a nuestro hermano, Director de la Comisión Diocesana de Catequesis. Realmente Eugenio era el hombre preparado para realizar esa responsabilidad; además de los estudios hechos en Roma había participado después en un Curso Superior de Catequesis en Manizales (Colombia), para sensibilizarse más con el ambiente Pastoral Latinoamericano.

Se entregó de lleno a esta misión, porque entendió que en ella podía realizarse plenamente su vocación sacerdotal Salesiana. Para ello organizó enseguida, con los pocos recursos con que contaba, una Sala de Catequesis en el Seminario, con una Exposición permanente de diapositivas sobre los Sacramentos y otros medios didácticos.

Comenzó a moverse por Parroquias y Centros de Enseñanza de la Iglesia, dialogando con los responsables de la Pastoral y sembrando en todos una sana inquietud renovadora. Poco a poco se le fueron uniendo algunas personas más sensibilizadas (algún Sacerdote y varias religiosas y seglares), y formó con ellos un verdadero equipo, que concentró su trabajo en unos Encuentros de Pastoral que se daban los fines de semana para catequistas y líderes más comprometidos de Parroquias y Colegios. Todo fue bastante bien los 2 primeros años, fuera de los pequeños problemas que encuentra siempre en las mentes más cerradas cualquier renovador.

Eugenio era la confianza del Obispo, que lo seguía viendo como el instrumento para animar la renovación pastoral de la diócesis, según los principios del Vaticano II, presentados por Medellín. En su trabajo era acogido y admirado por muchos seglares y por "la mayoría" de los Sacerdotes ("por ser un Sacerdote bien preparado, por estar ofreciendo una gran ayuda a la diócesis, por haber logrado una mayor unión entre el clero, por hacer sentir a los laicos su responsabilidad en el trabajo pastoral con los Sacerdotes, por tratar de identificarse con la realidad puertorriqueña". . .). (Informe en el "Día de Reflexión" de los Sacerdotes de la diócesis, asistieron 48 - oct. de 1971).

Pero poco a poco fueron creciendo las dificultades. Las Diócesis de Caguas y Ponce estaban confrontando problemas y tensiones internas, motivadas por diversos enfoques pastorales contradictorios. El Obispo de la Diócesis de Caguas juzgó que debía prescindir de la colaboración del Padre Mayoral, cuando él se encontraba en ese momento en España para asistir al Congreso Catequístico Internacional, como Delegado de la Diócesis de Caguas. La decisión de su Obispo fue un golpe muy duro, precisamente en el momento en que el Padre Mayoral se encontraba entusiasmado con los proyectos que estaba elaborando a beneficio de la Diócesis. Sin embargo, aceptó aquel golpe. Lo hizo con verdadero espíritu cristiano, y como buen hijo de Don Bosco. Escribiendo al P. Landelin, Presidente del Consejo Presbiteral, le decía: ". . .lo único que puedo decirles es que continúo disponible en la misma actitud de servicio desinteresado donde y como ustedes deseen, fiel a las directivas de la Iglesia. . . . Por ahora no me queda más que expresarles mi agradecimiento por la cooperación y aceptación que tuve por parte de todos. . . Entre nosotros había una verdadera amistad... siempre me sentí como un compañero. Si a alguien defraudé o molesté es el momento para pedirle perdón. La experiencia de trabajo en equipo fue maravillosa. . . fue poco lo que se hizo y muchos los proyectos. . . pero al menos sembramos una esperanza: manténganla. . .!" (8 marzo 1972). Y el 9 de marzo salió Eugenio hacia la República Dominicana, dejando en Puerto Rico la estela luminosa de una vida clara, generosa y obediente.

VI.— EN LA REPUBLICA DOMINICANA (1972-1985): CAMINO DE JERUSALEN HACIA LA PASCUA.

1) *Parroquia María Auxiliadora, (Sto. Dgo. 1972-1975)*

Llega aquí como Vicario parroquial y Encargado de la sección del Bachillerato en el Colegio O.M.A. de la misma Parroquia. Aquí tenemos el testimonio de uno de sus mejores amigos de toda la vida y que a la sazón era Director y Párroco de la obra: “En aquellos años los que trabajamos con Eugenio (Perdomo, Sillas y yo), fuimos siempre muy amigos y formamos un equipo fenomenal. Eugenio se entregó de lleno al trabajo en el Colegio y en la Parroquia, siendo gran animador en todo. Quisimos renovar la Parroquia, intentando aplicar los medios más eficaces, siguiendo las orientaciones del Concilio. Mayoral fue “el cerebro” en las Asambleas Familiares Cristianas, en el inicio de las Comunidades Neo-catecumenales, en la preparación del Centro Juvenil. Ayudó mucho a profundizar la fe, renovando la Pastoral del Bautismo y demás Sacramentos. No hablemos lo que significó su presencia para arreglar los desperfectos materiales de la casa. Baste recordar el caso del famoso reloj de la torre del Templo parroquial: no había relojero que hiciera una reparación definitiva. Mayoral tuvo que fabricar hasta una piececita que no se encontraba en el comercio; pero, desde que puso su mano prodigiosa, el reloj de la torre no volvió a fallar” (hasta aquí, P. Robles).

Durante este tiempo prestó también un gran servicio a la Arquidiócesis de Santo Domingo, dando clases en el Instituto Fr. Ramón Pané, como miembro del Equipo de Catequesis. De nuevo aquí hubo malos entendidos, pero la Hermana Virginia Laporte, Directora de la Oficina de Catequesis, en carta enviada al Padre Artale, Inspector, se expresaba así: “. . .Quiero aprovechar esta ocasión para expresar mi admiración y aprecio profundo por un miembro de su Congregación, el P. Eugenio Mayoral. Me ha dado mucha pena tener que aceptar la imposibilidad de que pudiera continuar con nosotros; era, sin duda, uno de los mejores profesores que teníamos; un verdadero catequista y Sacerdote ejemplar y entregado” (9 de agosto, 1976).

De nuevo nuestro querido hermano fue víctima de las circunstancias y recibió otro golpe duro, el de la incompreensión.

El P. Inspector creyó conveniente enviarlo a la Comunidad de Moca. A Mayoral le costó dejar su Comunidad del OMA, pero aceptó de nuevo el cambio con humilde obediencia: era una etapa más de su camino hacia la Pascua.

2) *Parroquia del Sagrado Corazón (Moca)* *Vicario Parroquial (1975-1978).*

Llegó Eugenio a su nuevo destino en julio de 1975, siendo Director y Párroco el P. Cipriano Ibáñez. Nadie podía sintetizar mejor la labor de Eugenio que su mismo Director y compatriota, el P. Ibáñez: "Puedo decir de Mayoral que, en los 3 años que estuvo trabajando en nuestro Parroquia. . . , se ganó la admiración. . . en las comunidades donde trabajó, por su capacidad de sacrificio y de entrega, por su metódica organización, por la forma clara, precisa y original con que exponía, en charlas y cursillos, los misterios de la fe. Le gustaba el orden y la dignidad en las capillas: en una de ellas. . . encontró cientos de murciélagos; para sacarlos tuvo que dedicarse a una tarea dura, que no la hubieran hecho entre varios trabajadores, ni aún por dinero. ¡El trabajo era vida para él!. . . . A pesar de su gran cultura religiosa y de ciertas manifestaciones teóricas, en la práctica amaba, respetaba y purificaba la religiosidad popular, celebrando Rosarios de la Aurora. . . . y dando sesiones de películas religiosas por los barrios marginados de Moca. Fue un gran propulsor, en lo que estuvo a su alcance, de usar los medios de comunicación para una mejor Evangelización".

También, como vemos, en la penúltima etapa de su peregrinación dejó huellas profundas de su generosidad.

3) *BARAHONA (1978-1985): PLENITUD*

Los Salesianos habíamos llegado a Barahona el año 1976 al ser fundada como nueva Diócesis y ser consagrado para Pastor de la misma, Mons. Fabio M. Rivas SDB, quien desde el principio tuvo como secretario al P. Teófilo Castillo, SDB. Pronto un grupo de Salesianos se hizo cargo de la Parroquia de la Sta. Cruz

(la Catedral); pero al año siguiente se creyó conveniente trasladarse a otra Parroquia, la de Cristo Rey, en las afueras de la ciudad, que hacía poco había sido entregada al Obispo por una Comunidad de Misioneros belgas. Para Director y Párroco de esta obra fue escogido el P. Mayoral. El Inspector, P. Enrique Mellano, mandaba un saludito a nuestro hermano el 17 de agosto de 1978: "Mucho le agradezco su Salesiana disponibilidad, al hacerse cargo de nuestra obra de Barahona. El Señor no dejará de indicarnos lo que nos pide. . . y Don Bosco nos guiará en el trabajo de Evangelización entre esa juventud y gente humilde. . ."

Eugenio llegó a su nuevo destino el 24 de agosto de 1978. El "Genín" vivaracho de los años de infancia; el hijo mayor del Capitán de la Guardia Civil; el novicio ardoroso, lleno de inquietudes misioneras; el joven salesiano, adornado de tantas cualidades, el sacerdote maduro, admirado por su celo pastoral; el Orientador y Maestro cualificado en el campo de la Catequesis... ¡ha llegado a Barahona! La noticia causó sorpresa a muchos salesianos, y hasta fue motivo de inquietud para algunos, que nos preguntábamos: "¿Por qué Eugenio a Barahona? ¿Qué va a hacer ese hombre de 49 años, lleno de vida y con tantas posibilidades, en ese desierto espiritual? ¿No será Barahona la tumba de sus ilusiones? Pero "los caminos de Dios no son nuestros caminos". Hoy todos los Salesianos de esta Inspectoría estamos muy conscientes de que la presencia de Mayoral en Barahona ha sido una encarnación viva de Jesús para aquella ciudad, una manifestación clara del poder del Espíritu, y del Amor Misericordioso del Padre.

Barahona ha sido la *plenitud* de la vida de Eugenio, la *revelación* de la extraordinaria personalidad, su pascua gloriosa. Vamos a resumir en tres aspectos el trabajo maravilloso de estos años y haciendo constar de antemano que, en medio de la extrema pobreza material y espiritual del ambiente, contó siempre con la riqueza humana y espiritual de su mini-comunidad religiosa (P. Mario Ghietti y Sr. Carlos Colombo), con la cercanía del Obispo Salesiano, con las comunidades de Regliosas y con el apoyo incondicional de su Inspectoría (sin olvidar la ayuda muy especial que le brindó siempre la Comunidad Salesiana de Cataño, P.R.).

a) *Trabajo Pastoral* — Pasaron las primeras semanas y Eugenio no sabía aún por dónde ni cómo empezar. ¿Por los niños? ¿Por los adultos? ¡Los jóvenes no aparecían! ¿Seguir catequizando a las pocas personas —unas 50— que venía a Misa el domingo? ¿Comenzar a evangelizar desde cero?

Tuvo que borrar todos sus esquemas mentales y olvidarse de su experiencia pastoral. Su nuevo campo de acción no se parecía en nada a lo que él había vivido. Pero no se desanimó. Reconoció con humildad las dificultades del ambiente y la necesidad de seguir trabajando con mucha fe, esperando la hora de Dios. Estaba seguro que también aquí se realizaría el sueño de Don Bosco sobre las misiones: otros misioneros no habían sido aceptados; pero sus Salesianos, sí.

Se lanzó a la obra poco a poco, tratando de encarnarse en la realidad, haciéndose pobre con los pobres, desviviéndose por resolver a la gente humilde sus grandes problemas materiales, adentrándose en el ambiente del pueblo sencillo, valorando y promoviendo su religiosidad popular.

Nadie se hubiera imaginado al Profesor de Pedagogía distribuyendo, con humildad y con gozo, medallas y estampitas de la Virgen y de Don Bosco a la gente del pueblo y a los niños. Siguió organizando Procesiones, Rosarios de la Aurora y echando mano de todo lo que podía ser ocasión de encuentro para avivar un poco la fe tan apagada de sus cristianos.

Recurrió a las Asociaciones: organizó la Legión de María, los Cursillos de Cristiandad. . . , pero nada de esto logró prender en el ambiente. Buscando algo más profundo, llamó a las Comunidades Neo-catecumenales de Kiko Argüello, y ésa fue la experiencia que logró animar y que mantiene viva la fe de unas cuantas Comunidades de la Parroquia.

Un aspecto también muy interesante de su trabajo pastoral en Barahona ha sido la vivencia de su carisma salesiano.

Todo el mundo sabe hoy en Barahona que el P. Mayoral dio “hasta el último aliento de su vida” (como Don Bosco) por los niños pobres de los barrios, por los jovencitos sin escuela. . . , consiguiendo becas para ellos, y es precioso saber que todos los “tígueres” del barrio acabaron siendo amigos del P. Mayoral. Escuchemos, a este respecto a su hermano de Comunidad, P.

Mario Ghietti: Es verdad que al principio le costó aceptar a los jóvenes, pero poco a poco fueron siendo su gran preocupación. Me pedía, como a Encargado de la Pastoral Juvenil de la Parroquia, que fuera a los jóvenes, que los buscara, que los organizara. Su corazón de Salesiano vibró en Barahona, apreciando también mucho la obra de la Comunidad de las Hijas de María Auxiliadora. . . . ”

En fin, fue verdaderamente el hombre enviado por Dios para evangelizar a su pueblo.

b) SU OBRA SOCIAL:

Otro capítulo interesantísimo de su presencia en Barahona fue su ingente obra social, en favor de los más necesitados: esto lo recordarán siempre todos los barahoneros, desde la primera Autoridad de la ciudad hasta el último muchachito de la calle. Podríamos escribir páginas y páginas sobre este argumento. Vamos a mencionar sólo tres aspectos:

—*Obra de promoción cultural* para los niños pobres, con la ampliación y creación de las *Escuelas Parroquiales*. Eugenio fue Ingeniero, Maestro de obras, Recaudador de fondos, y, en algo también, constructor de estos proyectos, que han dado la posibilidad a casi 2,000 niños más de estar recibiendo una buena educación católica. El mismo se preocupó de conseguir los Maestros y que el Gobierno les pagara su sueldo.

Para comprender lo que ha significado esto en el ambiente cultural de la zona, basta saber que se hizo ya una tesis sobre la “Eficacia del Sistema Educativo de las Escuelas Parroquiales de Cristo Rey”.

—*Obras de caridad* para familias pobres: reparación o construcción de viviendas, obtención de pensiones para envejecientes (más de 60), etc.

—*Obra de Promoción Social*: organización de Comités de barrios para conseguir del Gobierno o Instituciones privadas mejoras en la limpieza de las calles, en el alumbrado eléctrico, en la obtención de agua potable (él mismo construyó algún

pozo!), en el embellecimiento de algunos lugares de la ciudad con flores y árboles. Parece increíble la labor que realizó este gran hijo de Don Bosco, misionero de la talla de alguno de los grandes evangelizadores que nuestro Padre envió a La Patagonia.

No es extraño que el Director del Boletín Salesiano de España, cuando entrevistó a Mayoral el año pasado, a su paso por Madrid, quedara tan impresionado de su trabajo y pusiera al artículo que publicó este título tan sugestivo "El Mayoral de los pobres".

c) Fiel hasta la muerte

La explicación de la fecundidad prodigiosa de la obra de Eugenio, especialmente en sus últimos años, está en la profundidad de su vida espiritual, en su comunión con Dios.

Barahona ha sido el crisol donde se ha purificado el alma de nuestro hermano, el Calvario donde se ha realizado su inmolación total, el Tabor que nos ha permitido contemplar la belleza de su riquísima vida interior hasta llegar a exclamar llenos de admiración: ¡qué grande eres, Eugenio!

Los que lo conocíamos íntimamente, por convivir mucho tiempo a su lado, sabíamos que tenía raíces de honda espiritualidad; desde su noviciado, Mayoral fue un hombre de oración: vivía a Dios en la meditación de la Palabra, en la celebración viva de la Eucaristía. Lo conocíamos como buen religioso, pobre, totalmente desprendido de las cosas materiales, siempre limpio en sus expresiones de amor, obediente, trabajador incansable. . . . Pero había algo en él que no nos permitía captar con toda claridad la riqueza de su mundo interior (¿Su suave ironía? ¿Su perfeccionismo? ¿Su dogmatismo? ¿Su identidad vocacional?). Pero su testimonio, desde Barahona, ha sido contundente: hemos visto una vida plenamente identificada con la voluntad de Dios. Ciertamente el broche de oro de su existencia ha sido la manera tan sorprendente como ha vivido, durante el último año "el gran don de su enfermedad".

Trataremos de seguirlo con atención en este último tramo del camino que le llevó a la cumbre de la perfección.

Ya a principios de 1984 comenzó Eugenio a sentir algunas molestias en el estómago; no se asustó demasiado, pensando que

podían ser consecuencias de su condición de operado de úlcera. Siguió el malestar y se vio obligado a ponerse en manos de los médicos de la Capital, que comenzaron a ver algo sospechoso; pronto sin dársele a conocer claramente a él, llegaron a diagnosticar un tumor maligno. En el verano, sus hermanos de P.R. (P. Robles y el que escribe) le invitamos a que fuera unos días por allá para descansar un poco y hacerse unos análisis clínicos bien completos. Así lo hizo. Llegó a P.R. y lo internamos enseguida en el Hospital "Auxilio Mutuo y Beneficiencia", de San Juan.

A los pocos días, los médicos diagnosticaron que tenía el estómago totalmente invadido por el cáncer. Cuando le comunicamos la noticia en la habitación del hospital, visiblemente conmovido, pero sin perder la serenidad, Eugenio nos dijo estas palabras: "Hoy vuelvo a nacer, desde este momento comienza una etapa totalmente nueva en mi vida". Le dijimos palabras de aliento. Robles le prometió el último libro de Carlos Carretto. Mayoral contestó: "Gracias, pero ya me sobran todos los libros; no necesito aprender más cosas, sino leer en profundidad mi vida, a la luz de Dios, que es el absoluto".

Los médicos le propusieron la doble alternativa de la operación (extracción del estómago y alimentación a través de un tubo) o del tratamiento quimioterápico. Se decidió por la segunda, que empezó enseguida en el mismo Hospital.

Después de una semana de tratamiento, fue unos días a la Casa de Aibonito (para seguir descansando); pasó otros con los hermanos de la Comunidad de Cantera, mientras seguía visitando el Hospital.

Ya desde el comienzo aceptó su enfermedad como un Don de Dios. Llamando por teléfono a sus hermanos de Barahona, les comunicaba así la noticia: "El Señor me ha visitado y ha venido a darme la oportunidad única de vivir íntimamente lo que tanto he predicado a los demás: la Comunión con El".

Pero ahora se le presentaba un gran interrogante a Mayoral: ¿qué hacer en su inmediato futuro? ¿Quedarse en P.R. siguiendo el tratamiento que había empezado, totalmente libre de responsabilidades? ¿Regresar al seno de su familia, en España, y acabar entre ellos los pocos meses de vida que podían quedarle? Algo de esto le proponían varios de sus hermanos Salesianos.

Esto parecía lo más razonable, pero a Mayoral le sonaba a traición. No podía quedarse a descansar, preocupado de sí mismo, y abandonar a sus pobres, que sobre todo desde aquellos momentos entraban a ser la riqueza más grande de su vida. Por supuesto que el P. Inspector le comunicó que le dejaba en plena libertad para hacer lo que creyera más conveniente. La decisión de Eugenio fue clara y tajante: "El Señor me quiere en Barahona". Y, renunciando heroicamente a las comodidades que se le presentaban, regresó a los suyos lleno de alegría, como el atleta que recorre el tramo final antes de llegar al triunfo, con el cuerpo mortalmente herido y sentenciado a muerte, pero con el corazón enormemente ensanchado, más abierto que nunca a las exigencias del amor; regresó a terminar "sus proyectos" (las escuelas, las casitas para los pobres), pero sobre todo a concluir el "proyecto divino" que Dios estaba realizando en él.

Al llegar a "su casa" fue grande la alegría de todos, pero sus hermanos de Comunidad y cuantos estaban unidos a él más íntimamente (como las tres comunidades de Hermanas Religiosas) comenzaron a sentirse muy pronto preocupados porque fueron entendiendo que su P. Mayoral era para ellos un tesoro que ahora tenían que cuidar mucho más.

Emprendió sus trabajos, sin dar importancia a su enfermedad, fuera de las visitas que hacía periódicamente a la Capital para seguir el tratamiento médico (en aquellos viajes de 200 kms. por carretera, ¡cuántos centenares de veces repitió con amor el "Santa María. . . ruega en la hora de mi muerte" . . . precedido del "hágase tu voluntad en la tierra como en el cielo"!).

Presintiendo su muerte cercana, con gran sacrificio por las circunstancias de su salud, pero lleno de un amor profundo hacia toda su familia (mamá y hermanos) —tan fuerte como tal vez nunca lo había sentido en su vida— emprendió viaje hacia España al final del año. Quiso estar un tiempo con sus familiares para saldar la deuda de gratitud que tenía con ellos (durante toda su vida de Religioso, Eugenio había sido un tanto comedido en estas manifestaciones). Tenía además un motivo muy especial: el 11 de febrero de 1985 celebraría las Bodas de Plata de su Sacerdocio. Sus compañeros de Ordenación le esperaban

en Roma para este acontecimiento. No le disgustaba la idea y hasta había aceptado por carta la invitación. Pero le traicionó el corazón; sintiéndose sensiblemente atado a su mamá, hermanos y parientes, decidió renovar con ellos la ofrenda total de su vida al Padre en la Eucaristía de sus 25 años de Sacerdote. Y lo hizo en la intimidad del Convento de las M.M. Carmelitas Descalzas de Clausura, del Sto. Cristo de Cabrera, a unos 30 kms. de Salamanca. Mayoral nos decía que había escogido aquel lugar porque le había impresionado el ambiente de recogimiento, de sencillez y de alegría, en la visita que había hecho días antes a la hermana del P. Rafael Fernández, allí enclaustrada.

Pasó unos meses de verdadero compartir con su familia, entre momentos de intensa alegría y otros de profunda tristeza (para su familia), porque iban siendo cada vez más evidentes los síntomas de su terrible enfermedad (que todavía era misteriosa para algunos de ellos, especialmente para la mamá).

Iba llegando el momento de la "despedida", que todos presentían como última. Parecía tan natural que quien había "quemado" ya su vida en sus 32 años de trabajo misionero en tierras del trópico, tuviera ahora derecho a quedarse descansando en la tranquilidad del seno familiar, al lado de su mamá y cerca de sus hermanos, que seguían queriéndolo como a su entrañable Genín; parecía tan lógico que su cuerpo gastado, cuando cayera, se quedara a descansar para siempre en la tierra que le había visto nacer.

Pero esa no era la lógica del espíritu. Gracias a Dios, los familiares de Eugenio, aunque haciendo un gran sacrificio (que los Salesianos debemos saber agradecerles toda la vida), sintonizaron perfectamente con él, que siempre les había manifestado su decisión de volver a su tierra de adopción. En un gesto profundamente cristiano y humano, se dieron todos el abrazo final de despedida.

Ya en Barahona, marzo de 1985, Eugenio entra en la recta final de su peregrinación. Sigue el trabajo agotador (ha llegado de España descansado y un poquito más repuesto); hasta se mueve a un ritmo más acelerado para ir concluyendo los proyectos que había interrumpido durante las vacaciones "y dejar así menos problemas a sus hermanos".

“Los trabajos materiales eran un medio para seguir profundizando de una manera ejemplar en su espíritu de fe, en su vida de oración, en su sentido vivo de la presencia del Espíritu, tratando por todos los medios de no hacer sufrir a la Comunidad a causa de su enfermedad” (así lo manifiesta el P. Mario Ghietti). En sus palabras comunicaba, de una manera convincente, su visión profunda de la vida, su rica experiencia de Dios. Impresionaba escucharlo. Por eso el P. Inspector le había pedido el gran regalo de participar en los Ejercicios Espirituales del Verano, para dar algunas charlas de testimonio a todos los Salesianos. Y Eugenio había aceptado con ilusión.

Se sentía lleno del Espíritu; y a medida que el cáncer iba carcomiendo por dentro las paredes de su cuerpo, se iba robusteciendo también en su interior la figura del hijo de Dios.

¡Qué carta tan preciosa, la última que mandó a su mamá y hermanos el 27 de junio, cuando le habían llevado mareado a la Capital, para el último chequeo médico. Escribe desde el Hospital:

“Querida mamá, hermanos. . . Seguro que estáis ansiosos por saber algo del proceso de mi enfermedad. . . últimamente he decaído mucho” (¡le quedaban 15 días de vida!). *“No es que no me atiendan en la comida. . . las 3 comunidades de monjas de Barahona y otras personas devotas se han comprometido a prepararme cada día un buen caldo de consomé y después alguna cosita blanda. . . Por ese lado estoy muy bien atendido. . .!”* *“Esta semana teníamos el Retiro Espiritual en Jarabacoa... El P. Inspector me animó a que yo diera parte de las charlas. . . para hacer pensar a los hermanos. Debo suprimirlo, pero a lo mejor, si tengo fuerzas, voy a la tanda siguiente, a finales de mes”. . . .*

La carta extensa concluye así:

“Esta experiencia de mi enfermedad me está haciendo ser más realista ante la vida y ante Dios. Lo considero como una gracia de Dios para recuperar las deficiencias de mi vida religiosa. Dios es Padre y acepto todos los sufrimientos de sus manos. . . . El sabe por qué lo hace. . . yo no

tengo más que aceptar su voluntad. ESTOY ALEGRE, LE DOY GRACIAS. . . me confío a vuestras oraciones. ¡Que Dios os bendiga COMO ME BENDICE A MI! Todo vuestro, Eugenio”.

No podía haber dejado escrito nada mejor que este como testamento espiritual de su vida.

Eugenio estuvo internado diez días en el Centro médico de la UCE, en Sto. Dgo., muy bien atendido por los médicos y acompañado por sus hermanos Salesianos y otras personas. Su gran amigo, P. Robles, que había ido de P.R. para tomar parte en los Ejercicios Espirituales, se quedó con él unos cuantos días, brindándole las atenciones y el cariño de un verdadero hermano.

Después de una serie de análisis, los médicos constataron que ya no se podía hacer nada, pues el cáncer había invadido ya todos los órganos vitales (como estómago, hígado, pulmones...).

Nuestro enfermo salió del hospital el 8 de julio y quiso quedarse, por lo menos unos días, en la casa de la Parroquia de María Auxiliadora, donde había trabajado con tanta ilusión en años pasados.

Los hermanos lo acogieron con mucho cariño. El P. Juan Linares, Director de la Comunidad, nos cuenta las impresiones de aquellos días: “Le manifestamos la alegría de que estuviese con nosotros y en seguida nos pusimos a su entera disposición... El se manifestó sereno. . . fue todo un testimonio. . . aceptando con un sentido profundo de la vida la realidad de su enfermedad. En ningún momento nos causó ninguna molestia, pues él prefería sufrir en silencio. Sólo cuando se sintió muy mal nos dijo que llamáramos al médico. Mayoral dedicó fundamentalmente sus últimos días a rezar. Nos decía que esto era lo único que le importaba. Cada día recibía la Comunión. El 11 de julio pasó la mañana con grandes dolores: fue una mañana de grandes sufrimientos. Se llamó al médico, quien constató que el cáncer había llegado a su etapa final, que posiblemente el enfermo no pasaría de ese día. En la tardecita se le administró el Sacramento de la Unción de los Enfermos, estando presentes un buen grupo de Salesianos, Salesianas y Amigos de la Parroquia. El P. Inspector

se encontraba ausente en Roma, y el Vicario Inspectorial en P.R. Rezamos mucho y Mayoral poco a poco se fue agotando, hasta que se quedó dormido para siempre. Eran las 11:35 de la noche del 11 de julio de 1985. En todos quedó la convicción: Mayoral ya está en el cielo”.

Su cuerpo quedó expuesto en Capilla Ardiente en el Templo Parroquial de María Auxiliadora, donde hubo conmovedoras manifestaciones de duelo por parte de todos los miembros de la Familia Salesiana y feligreses de la Parroquia. En la Misa celebrada por la mañana, a las 9:30, concelebraron 19 Sacerdotes. Las escenas de dolor y de gozo pascual se repetirían al día siguiente, cuando el cadáver del P. Mayoral llegara a Barahona, para tener lugar allí la misa exequial en la Parroquia de Cristo Rey y la sepultura en el Cementerio Civil.

Toda la ciudad se hizo presente en la Eucaristía, para rendir homenaje de gratitud, admiración y cariño al “mejor” padre que habrían tenido. La Misa, presidida por el Obispo de la Diócesis, Mons. Rivas, fue concelebrada por muchos Salesianos y todos los Párrocos de la zona. Monseñor dijo cosas muy bonitas sobre la obra de Mayoral: “. . . fue un trabajador incansable, que pensó siempre en los demás, aún con la muerte por delante; fue un hombre bien definido en su línea de fe y de compromiso; fue abierto, sumamente organizado y organizador; aparentemente no muy sensible, pero muy cercano a la realidad de los pobres. . .”

El funeral fue algo apoteósico. En opinión de la mayoría de los presentes, nunca Barahona había vivido un acontecimiento eclesial de aquella magnitud.

Muchos feligreses habían pedido que su P. Mayoral fuera sepultado en su propio Templo Parroquial: lo querían sentir muy cerca, para que, aún desde su tumba, siguiera siendo la inspiración de sus vidas. Esto no fue posible por no permitirlo las leyes de la Iglesia.

Por otra parte, el mismo Mayoral había manifestado el deseo de ser sepultado como los pobres de su Parroquia, directamente sobre la tierra del Cementerio de su querida Barahona.

En la ceremonia del entierro fue incontenible la emoción. ¡Cómo le querían!! Ni el P. Juan Linares pudo contener sus lágrimas al pronunciar las últimas palabras de despedida:

"Mayoral, seguirás siendo parte de Barahona, porque tus huesos serán tierra de Barahona y te prometemos ser fieles como tú. Que el sacrificio de tu vida fecundice esta tierra y haga brotar muchas vocaciones a tu estilo y de tu temple. Eres, Mayoral, la ofrenda a Dios de estos 50 años de vida Salesiana en República Dominicana". . . .

El P. Jesús Pérez, en representación del Inspector, dijo las últimas palabras de gratitud para todos, para Mayoral, por su testimonio precioso de vida, y para todos los presentes.

No todos los Salesianos de la Inspectoría pudieron hacerse presentes físicamente en el lugar. Los Salesianos de P.R., ante la imposibilidad de viajar, se reunieron en seguida en Aibonito y en la Eucaristía celebraron gozosamente la muerte y la vida de su querido Eugenio. El P. Inspector se apresuró a salir de Roma para España y en compañía del que suscribe y del P. Rampérez (que estábamos de vacaciones) y de otros Salesianos de Madrid, viajamos en seguida hasta El Tiemblo para compartir nuestros sentimientos con los familiares de Eugenio, allí reunidos.

La muerte de Eugenio impresionó a los Salesianos de la Inspectoría, porque vieron en ella un gran regalo de Dios. El testimonio de sus últimos años de vida sigue siendo motivo de superación para muchos hermanos.

Así lo han expresado varios de ellos en distintas ocasiones, y así lo siguen diciendo, sobre todo sus hermanos de Comunidad de Barahona. Transcribo algunos párrafos del testimonio precioso que me envía el P. Mario Ghietti: ". . . Si el grano de trigo no muere, no da fruto". . . . "Estas palabras del Santo Evangelio iluminaron nuestra Comunidad Salesiana y Parroquial, para comprender el misterio de la muerte del querido P. Mayoral. ¿Cómo entender el designio de Dios al privarnos de un hombre tan valioso, que hace sólo 7 años inició esta obra. . . que tiene tanto futuro. . . ? La palabra de Dios nos hizo comprender que la misión del P. Mayoral era mucho más importante: **FECUNDAR, CON EL SACRIFICIO DE SU VIDA**, este nuevo campo que la Providencia confiaba a la Congregación Salesiana... Ahora sentimos más vivo a Mayoral, y nos anima a seguir en la

lucha. . . . No podemos dejar lo que él comenzó con tanto entusiasmo". "Pasan los meses y la figura espiritual de Eugenio crece en la conciencia y en el corazón de cuantos le conocimos. Después de su muerte, como que todo lo vemos más fácil. . . . ¡Vive en nosotros el P. Mayoral! Los hermanos de esta Comunidad de Barahona queremos expresar nuestra gratitud más profunda a todos cuantos se interesaron vivamente por nuestro hermano, dándole especiales muestras de cariño fraternal, como sus compañeros de los tiempos de formación (P. Robles, P. Demetrio, P. Jorge), el P. Inspector, los hermanos de la Casa del OMA, el P. Jesús Pérez, P. Rafael Fernández, las Hijas de María Auxiliadora, Sor Dolores Caballero de Barahona. . . ¡En fin, gracias a todos!" (P. Mario Ghietti, SDB - diciembre 1985).

Y gracias a ti, queridísimo Eugenio, ¡por tu Vida y por tu Muerte! Ayúdanos, desde el cielo, a recorrer el camino de la fidelidad a Dios y a los jóvenes, especialmente a los pobres, como tú lo hiciste en Barahona. Descansa en paz. Amén.

P. Demetrio Coello, SDB

Director Parroquia S. Fco. de Sales
Cataño, Puerto Rico

